EL NIÑO DE NOVENTA AÑOS,

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

DE

EDUARDO JACKSON CORTÉS.

Representada con aplauso en el Teatro Español el 24 de Diciembre de 1869.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1870.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	Sra. Cairon.
JUANA	Sta. Lombia.
DON BLAS, 90 años	Sres. Valero.
DON ANDRÉS	Oltra.
CÁRLOS	Pastrana.
DON PEDRO	Casañer.
JOSÉ	Fernandez.

La accion se supone en Cádiz, 186... Empieza á las nueve de la mañana, y termina á las once del mismo dia.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Liricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

865J134
On

AL EMINENTE ACTOR

DON JOSÉ VALERO.

Mi gratitud es hija del alma, y como ella eterna.

Cortés.

ACTO PRIMERO.

Sala de paso en casa de D. Blas.—Puerta al foro, que conduce al exterior.—Puerta, segundo término izquierda, que se supone ser la habitacion de Cárlos.—Chimenea, primer término del mismo lado.—Dos puertas á la derecha; la primera da á una sala que comunica al interior; la segunda al despacho de D. Andrés.—Mesa de escritorio á la derecha, con libros, papeles, etc.—Sillon de brazos junto á la mesa.—Costurero elegante al lado opuesto, y silla baja.—Sillon de baqueta muy antiguo cerca de la chimenea, con un cogin debajo para los piés.—Reloj de pared, el cual estará colocado sobre la puerta del foro.—Á la derecha de la puerta del foro, el retrato del padre de D. Blas, el cual oculta un secreto que hay en la pared; á la izquierda el de la madre.—Cuadros antiguos en las paredes laterales.—Muebles decentes repartidos por la escena.—Al levantarse el telon, da el reloj las nueve.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS, saliendo de su habitacion.

Las nueve: es la hora en que debo volver á ver al capitan de la fragata *Elisa*. Estoy resuelto: la suerte se ha mostrado contraria á los negocios que mi padre ha emprendido. Amo con toda mi alma! Pero amo á una

jóven rica, poderosa: su familia exigiria de mí una fortuna y es preciso que yo parta; es preciso que en remotos climas, á riesgo de mi existencia, adquiera la posicion que ambiciono sólo para ella! ¡Ah, padre mio! Marcharme así... sin decírselo! Sin despedirme!... Pero si supiera mi determinacion, se opondria á ella, y renunciar á la esperanza de enriquecerme seria renunciar á mi amor! Tendré el valor que necesito; volveré aquí sólo para dejar á mi padre una carta de despedida... Alguien viene. Ah. Juana! Pobre chica! Cuánto sentirá mi partida!

ESCENA II.

CÁRLOS y JUANA, por el foro.

JUANA. Calle!... ¡Usted levantado! ¿Qué ocurre?

CARLOS. Nada de particular.

JUANA. Esa no cuela.

CARLOS. ¿Qué te extraña? Son más de las nueve.

JUANA. ¡Ya! pero como otros dias son más de las diez y está usted en el primer sueño como quien dice...

CARLOS. Eso es cuando me recojo tarde.

JUANA. Y... como anoche, á Dios gracias, fué temprano... Las cuatro cantaba el sereno cuando usted llamó, y yo bajé á abrir. Por cierto que á lo mejor va á pescarnos su papá de usted y la hacemos buena.

CARLOS. Pues bien, Juana, pronto quedarás libre de esa incomodidad, que yo sabré recompensarte algun dia.

JUANA. Yo no quiero recompensa; lo que yo quiero es verle á usted contento.

CARLOS. Ahora... imposible.

JUANA. ¡Ave María, señorito! ¡Qué fuerte le ha entrado á usted! El amor no exije tanto.

CARLOS. ¿Qué sabes tú?

JUANA. ¿Pues qué, piensa usted que no he sentido yo el picotazo de la víbora de los amores?... ¡Ay sí: y en lo más hondo del corazon!

ESCENA III.

DICHOS y JOSÉ al foro.

JOSE. ¡Ah pí...cara!

JUANA. Y sobre todo, el buen José es tan complaciente... ¡No tiene más falta que su lengua!...

JOSE. Pu... pues no dice... que tengo ma... mala lengua!...

CARLOS. ¡Oh! tú eres dichosa, Juana!

JUANA. La dicha... se encuentra siempre cuando se sabe buscar. Tenga usted fe, esperanza... y verá...

JOSE. Yo sí que te veo á tí...

JUANA. Usted es rico...

CARLOS. Sí...

JOSE. ¡Co... queta!...

JUANA. Guapo...

JOSE. ¡Zalamera!... (Bajando.)

JUANA. ¡Calle!... ¿Estabas tú ahí?...

JOSE. ¡Sí! Y ojalá no hubiera... estado!

CARLOS. ¿Por qué?

JOSE. Po... por nada. (¡Con este no me... atrevo!)

CARLOS. No tengas celos, José. Nosotros nos queremos...

JOSE. ¡Ya... ya lo veo!

CARLOS. Pero con desinterés.

JOSE. Ya me lo pres... pres... umo.

CARLOS. Nada temas. Puedes estar seguro por mi parte.

JUANA. ¡Anda, zopenco! ¿Qué entiendes tú de estas cosas, ni de sentimientos elevados?

JOSE. Pues... justamente de... lo elevado... es de lo que no quiero... entender.

CARLOS. Puedes estar tranquilo, y con completa confianza. Juana es muy buena: te lo aseguro.

JOSE. Cuando... usted lo asegura...

CARLOS. Sí.

JOSE. Es... señal...

CARLOS. ¿Qué?

JOSE. Que le consta. Po... porque yo nunca digo... que una

co... cosa es bu... buena, hasta que no... la pruebo.

JUANA. Pues por eso lo dice; porque me conoce á fondo.

JOSE. Ya... lo creo! (Incomodado)

CARLOS. Vamos... vamos. No turben ustedes la paz de tan sincero cariño.

JOSE. ¿Cariño?

CARLOS. Si. Ya se que la quieres.

JOSE. Yo... yo diré...

JUANA. ¿Qué?

JOSE. Que... que te quise... pero... (Medio llorando)

JUANA. ¿Qué?

JOSE. Que... que ya no te quiero... (Rompiendo á llorar.)

JUANA. ¡Que no me quieres!

JOSE. ¡No... no!

JUANA. ¡Me alegro saberlo! ¡Ya me lo presumia!... ¡Así son los hombres!...

JOSE. ¡No... así son las mu... mujeres.

CARLOS. Mi padre!

JUANA. Me voy.

JOSE. Y yo. Que... que no te vayas muy lejos. (Al irse. Juana váse corriendo.)

ESCENA IV.

CÁRLOS y D. ANDRÉS.

AND. ¿Cárlos?

CARLOS. ¡Ah! ¿Mande usted?

AND. ¿Qué tienes? (Á Cárlos, que estará pensativo.)

CARLOS. Nada.

AND. ¿Nada!

CARLOS. No, señor.

AND. Por más que quieras ocultarlo, noto en tí desde hace algun tiempo, cierta vaguedad y melancolía, extrañas en un jóven de tu edad.

CARLOS. Todas las edades, padre mio, tienen sus motivos de tristeza.

AND. Es verdad.

CARLOS. ¿Acaso los jóvenes no tenemos corazon?

AND. Corazon para lo ideal: para esos fantasmas amorosos que generalmente preocupan la imaginacion de los jóvenes.

CARLOS. ¿Y cree usted que no es un motivo suficiente?

AND. Sí, si; tiene razon: yo tambien he sido jóven, y tambien he amado. ¿Vas á salir?

CARLOS. Sí, señor.

AND. De paso pregunta en la oficina del muelle si ha llegado una carta de Cuba para mí.

CARLOS. Está bien.

AND. Adios, hijo. (Vásc Cárlos.)

ESCENA V.

D. ANDRÉS solo.

¡Pobre Cárlos! He juzgado de él con demasiada ligereza: con extremada severidad. ¿Quién puede sujetar un corazon como el suyo en el estrecho círculo de los deberes? ¡Sin embargo, noto en él tan extraña conducta! ¡Se recoge tarde! ¡Esquiva mis miradas!... Elude mis palabras!... ¡Hasta parece que huye de mí!... Acaso el amor... acaso las ligerezas de su edad... Los amigos... ¿Si jugará?... En fin, cada corazon es un arcano, y cada hombre es un mundo. ¿Y mis gafas?... Aquí las dejé anoche. ¿José? ¿José? (Buscándolas en un libro de cuentas.)

ESCENA VI.

D. ANDRÉS y JOSÉ.

JOSE. ¿Sé... señor!

AND. ¿Y mis gafas?

JOSE. ¿La... las gafas?

AND. Sí. ¿Tú las has visto?

JOSE. Yo... yo...

AND. Tú, sí.

LIBRARY
UNIVERSITY OF ILLINOIS
AT URBANA-CHAMPAIGN

JOSE. No... no las he visto... no las he visto...

AND. Bien: pregunta á la señorita María... á mi padre...

JOSE. Voy...

AND. Anda ligero.

JOSE. Así... pu... pudiera yo... yo ha... hablar tan de... prisa co... como ando. (Váse.)

ESCENA VII.

D. ANDRÉS.

¡Señor, es particular la falta de varios objetos que constantemente se nota en mi casa, sin que jamás se pueda averiguar su paradero! José y Juana son incapaces, los conozco muy bien. Por fortuna, hasta hoy han sido objetos de poco valor. ¿Quién podrá ser?... (Ruido dentro y voces de D. Blas y José, que sale cojeando.)

ESCENA VIII.

D. ANDRÉS y JOSÉ.

JOSE. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!

AND. ¿Qué es eso?... ¿Qué te ha sucedido?

JOSE. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!

AND. ¡Habla!

JOSE. ¿Có... cómo quiere usted que... que hable... si... si estoy co... cojo?

AND. ¡Cojo!

JOSE. ¡Sí... señor! ¡El abuelito... cuando le pregunté... po... por las gafas... me tiró la... muleta... y me ha roto una... espinilla!

ESCENA IX.

LOS MISMOS, MARÍA, D. BLAS, que viene apoyado en su muleta, y quiere obligarla á que ande más deprisa.

BLAS. Jé! jé! jé! jé!

JOSE. ¡Cómo se rie de la gracia!

BLAS. Anda, hija mia, anda; no vayas tan despacio. ¿Á tí se te figura que soy algun viejo?... Jé! jé! jé! Anda... anda y verás!

MARIA. Buenos dias, papá.

AND. Buenos dias, hija.

BLAS. Jé! jé! jé! (Por José, al ver que huye cuando se le acerca.) Buenos dias, padre mio. (Con humildad.)

AND. Por Dios, padre... (No permitiendo que se arrodille.)

BLAS. Todo niño bien criado, besa la mano á su padre al levantarse. Así lo hacias tú conmigo: y hoy, que segun ustedes dicen, soy un niño, debo hacer lo mismo yo... ¡Hola, Mariquita! ¿Bordas? ¿Te puedo servir de algo?

MARIA. Sí. Siéntate á la lumbre, y cuéntame algun cuentecito. Ya sabes que es nuestro entretenimiento diario.

BLAS. ¡Ah! Sí, sí... voy... Un... pues mira, no me acuerdo ahora de ninguno.

MARIA. Bien; otra vez será: no te molestes.

BLAS. Sí, sí; ya sabes que yo los tengo... y muy bonitos. Jé! jé! Pero no han de ser de guerras ni revoluciones!... ni soldados! ni...

MARIA. Bien; ya lo sé.

BLAS. No, no quiero que me los recuerdes, porque luego sueño con ellos... y paso un miedo espantoso.

JOSE. ¡Já, já! Ti... tiene mi... miedo á los soldados!

BLAS. ¡Sí! ¡Porque me recuerdan... me recuerdan!... ¡Oh! (Llorando.)

AND. ¿Pero, y mis gafas? (Distrayéndole.)

BLAS. ¡José, José te las ha quitado! (Mudando de tono.)

JOSE. ¡Yo!

BLAS. ¡Sí, tú, porque tienes muy mala intencion: y á no ser porque eres hermano de leche de Cárlitos, ya estarias en Melilla, ó en Ceuta por lo ménos! (¡Ya me vengué!)

JOSE. ¡Yo!... ¡Yo!... ¿Qué... qué?...

BLAS. ¿Ves como el delito no te deja hablar?...

JOSE. ¡Ca... nario! ¡Que el demonio me lleve!... si... si...

BLAS. Sí... sí... sí... (Remedándole.)

JOSE. ¡Si yo las he visto!

BLAS. ¡Jé! ¡Jé! ¡Hombre, ya has dicho cinco palabras seguidas!

JOSE. ¡Ca... nario! Si usted es capaz de ha... hacer hablar... á un mu... muerto! (Furioso)

MARIA. Es decir, que tambien se han perdido?

AND. ¡Señor, es particular!

BLAS. ¡José, José ha sido! (Jugando con la lumbre.)

JOSE. ¿Lo ven uste... des?

AND. No están. (Despues de buscar.)

BLAS. (Busca; busca; que no darás con ellas; y así cargará José con las culpas.)

AND. José, traéme las que están en mi despacho.

JOSE. Vo... voy. (Váse.)

ESCENA X.

LOS MISMOS, menos JOSÉ.

MARIA. No juegues con el fuego, que te vas á quemar.

BLAS. Eso te digo yo, picarilla. No jueges con el amor, que tambien su lumbre abrasa.

MARIA. ¡Hola! ¡Muy picantillo estás hoy?

BLAS. Como siempre. ¡Jé! Jé! Jé!

ESCENA XI.

LOS MISMOS, y JOSÉ con gafas.

JOSE. Un ca... caballero, que yo no co... conozco... qui... quiere hablar con... con usted.

AND. ¿No ha dicho su nombre?

JOSE. Don Pe... pe...

BLAS. ¿Don Pepe?

JOSE. Don Pe... pe... pe...

BLAS. Ya lo hemos oido. Don Pepe.

JOSE. No! Don Pe... pe... ¡Canario!

BLAS. ¡Jé! Jé! ¡Bonito apellido!

JOSE. Si se rie el abuelito... no lo digo... en todo el dia... don Pedro... Ca... ca... macho.

BLAS. Ese eres tú. ¡Jé! Jé!

AND. Dile que pase. (Váse José.)

MARIA. ¿Quién será?

ESCENA XII.

LOS MISMOS, D. PEDRO.

PEDRO. ¿Es usted don Andrés de Ortega?

AND. Servidor de usted.

PEDRO. Muy señor mio. Lea usted esta carta.

AND. Es de mi corresponsal. Puede usted disponer de mi casa como guste.

PEDRO. El objeto de mi visita se reduce á cuatro palabras. Yo soy marino mercante, natural de Vigo. Mi nombre ya lo sabe usted. Tengo encima quinientos mil reales ganados con la exposicion y las fatigas con que se gana en la mar; y quisiera dejárselos á usted en calidad de depósito de confianza y no comercial, porque no sé si volveré por él dentro de una hora.

AND. Tiene usted mi caja á su disposicion.

PEDRO. Motivos reservados me obligan á dar este paso.

AND. Respeto su silencio.

PEDRO. (Si le mato, necesitaré el dinero; y si muero, ya no me hace falta.) Si no vuelvo dentro de una hora puede usted remitir mi depósito á su corresponsal de Vigo.

AND. Está muy bien.

PEDRO. De modo que con un simple recibo tengo bastante, atendiendo á su proverbial honradez y al crédito de su casa, de la cual me han informado.

AND. Gracias, caballero.

PEDRO. Y crea usted que me han engañado tantas veces!... No me he confiado á un hombre que no me haya estafado villanamente! Oh! no sabe usted lo que es pasar los años luchando con la inclemencia de los elementos

Sufriendo borrascas y trabajos, para adquirir una suma y ver que un infame nos roba lo que se ha ganado con tantos afanes!

AND. Efectivamente; pero...

PEDRO. No! yo sé que usted es un hombre honrado y con una confianza ciega deposito en sus manos mi único porvenir! El crédito de que goza; el encomio que hace de usted su corresponsal, y la honradez que leo en su semblante, alejan de mí todo recelo.

AND. Basta sólo la confianza que me dispensa para que su dinero sea para mí sagrado.

PEDRO. Cuente usted! (Presentándole una cartera con billetes. André, los cuenta y se sienta á extender el recibo.) ¿Es usted el abuelito?

BLAS. No señor: soy el niño de la casa.

PEDRO. ¿Qué edad tiene usted?

BLAS. ¡Je! ¡Je! ¡Je! No lo sé.

PEDRO. ¡Bien se conserva!

BLAS. ¡Pist! ¡Me cuidan; me acarician... y asi... así se va estirando la vida!

PEDRO. No llegaré yo á esa edad.

BLAS. ¿Por qué!

PEDRO. ¡Ay amigo! He sufrido mucho!

BLAS. ¿Quién no podrá decir otro tanto?

PEDRO. Sí, señor: los trabajos de la mar, las revueltas politicas y las guerras, han absorbido casi mí fortuna y mi vida. Sólo me resta la cantidad que deposito en esta casa.

BLAS. ¡Las guerras!... ¡Las revoluciones!

PEDRO. Sí, señor, sí.

BLAS. ¡Ay! ¡No; no me lo cuente usted!

PEDRO. ¿Por qué?... ¿Le aterra esa idea?

BLAS. ¡Sí... sí!

MARIA. Es su manía.

AND. Aquí tiene usted su recibo. (Entregándole.)

PEDRO. Gracias. Conque su padre de usted tiene miedo á la tropa?

AND. Si señor, y con fundados motivos.

PEDRO. ¿Pues cómo?

AND. Su padre fué hombre político, y en la guerra de la independencia, no sé si con razon ó sin ella le achacaron que conspiraba contra el gobierno.

PEDRO. Los gobiernos tienen muy á mano esos achaques.

AND. Lo cierto es que figuró en aquella época, y no sé cómo vinieron á su poder unos condenados papeles, los cuales le acarrearon mil desgracias, y por último la muerte, pues consintió en perder la vida ántes de descubrir á sus autores y el sitio donde los ocultaba. (Durante esta escena D. Blas pugna por ir al lado de D. Pedro y D. Andrés para tomar parte en la narracion, pero María le distrae hasta este momento.)

BLAS. ¡Sí... sí! ¡Aquí! ¡Aquí mismo fué!

AND. Mi padre, que á la sazon era ya un hombre, tomó las armas para defender al suyo, recibiendo tambien una herida en la cabeza, por lo cual estuvo á pique de perder la razon, perturbada desde entónces de tal modo, que sólo conserva la memoria para recordar aquellos lamentables sucesos.

PEDRO. ¡Pobre viejo! ¿Y qué edad tiene?

AND. Noventa años.

BLAS. Sí, noventa años, y me llaman niño... ¡Jé! ¡Jé!

AND. Suele tener algunos momentos en que raciocina como cualquiera de nosotros, pero se distrae fácilmente y vuelve otra vez á sus chocheces y niñadas.

BLAS. Sí... sí...

AND. Todo su cuidado se ha cifrado siempre en que nadie toque esos cuadros, sin permitir jamás que ni aun para quitarles el polvo se acerque nadie á ellos: y como así le damos gusto le dejamos que siga con su manía.

PEDRO. ¡Es particular!

BLAS. ¡No, no es particular! Ellos son los amigos de mi niñez: ellos presenciaron la terrible escena, y ellos fueron los únicos que lloraron conmigo. Por eso los quiero tanto... ¿No es verdad?... Sí... sí... ¿Lo ven ustedes, como parecen contestar á mis preguntas? ¡Jé! ¡Jé! ¡Jé! ¡Pobre-

citos...! ¡Pobrecitos!...

PEDRO. Bien, pues siga usted con sus manías, ya que á nadie perjudica, y que Dios le conserve por muchos años.

BLAS. ¡Jé! ¡Jé! ¡Jé! No serán muchos. (Tu tambien irás al escondite.) (Pasando por delante del costurero de María, y tomando á hurtadillas su dedal.)

PEDRO. Á los piés de usted, señorita; don Andrés, que Dios le guarde.

AND. Lo mismo digo.

PEDRO. ¡Hasta luego... ó hasta que Dios quiera!

AND. Cuando usted guste... Adios.

PEDRO. Adios.

MARIA. ¡Qué hombre tan franco! (Vánse D. Pedro y D. Andrés, foro derecha.)

ESCENA XIII.

M RÍA y D. BLAS.

D. Blas despues que acaba de hablar se sienta al lado de la mesa, y saca del bolsillo un gran barco de papel.

MARIA. ¿Qué haces, abuelito: no tienes hoy frio?...

BLAS. Sí; pero estoy ocupado fabricando un gran navio, que ha de reemplazar á la Real Trinidad.

MARIA. Bien; pues carga con tu Real Trinidad, y siéntate á mi lado.

BLAS. Voy, voy. Luego dirán ustedes que soy viejo, y puedo con un navio en brazos... ¡Jé! Jé! Jé! (Atraviesa la escena y se sienta al lado de María.)

MARIA. Así, quietecito.

BLAS. Bueno, bueno. Este es un buque de nueva invencion, y que navegará en distinto elemento.

MARIA. ¿Y mi dedal?

BLAS. ¡Jé! ¡Jé! ¡Qué majo va á estar!

MARIA. ¿Abuelito, has visto mi dedal?

BLAS. ¿Yo? Yo no lo he visto. ¡Jé! Jé! (Yo les he de hacer

que aprendan á guardar bien las cosas; y luégo porque le echen las culpas á José y verle rabiar.)

MARIA. Nada. Voy á ver si allá dentro... Pero qué, si yo le tenia hace poco!... (Váse.)

ESCENA XIV.

D. BLAS, á poco D. ANDRÉS.

D. Blas coloca el barco sobre la lumbre, y al verlo arder quiere apagarlo.

BLAS. ¡Fuego!... ¡Fuego! ¡Que se ha incendiado la Real Trinidad! ¡Ay! ¡ay! ¡ay! Que me he quemado! (Al apagarlo se quema.)

AND. ¡Válgame Dios, padre! (Saliendo.) Hay dias que no basta la paciencia con usted.

BLAS. ¡Eso es, ríñeme encima! ¡Despues que me he quemado por salvar la honra de los navíos!

AND. ¿Á ver?

BLAS. ¡Mira!... ¡Mira! Pupa! pupa! (Llorando.)

AND. ¡Bah! Eso no es nada!

BLAS. Pero podia haber sido mucho. ¡Jé! Jé! Jé! (Transicion.)

ESCENA XV.

LOS MISMOS y JOSÉ por el foro.

JOSE. Se... señor... Don... Ro... Ro...

BLAS. No eres tú mal rorro.

AND. ¿Don Roque Ferreiro?

JOSE. Justo.

AND. Dile que pase á mi despacho.

JOSE. Voy.

BLAS. Anda corriendo.

OSE. Ya... qui... quisiera usted andar tan de prisa!

BLAS. Y tú hablar tan claro como yo.

AND. ¡Vamos!

JOSE. Voy. (Váse.)

AND. Cuidado, padre: que se queda usted solo. No haga usted ninguna niñería...

BLAS. Bien, hijo: ves descuidado, que aquí queda un hombre. ¡Jé! Jé! Jé! (Váse Andrés.)

ESCENA XVI.

DON BLAS SOLO; se levanta y pasea apoyado en su muleta despues de coger de encima del costurero unas tijeras y un obillo de estambre.

¡Yo no sé por qué tienen tanto miedo en que me quede solo! Pues si no fuera por mi constante cuidado, no estaria la casa como está. Quiero que despues de mi muerte, sepan que aunque viejo servia para algo. Pero cuando muera: ántes no; al espirar, les diré... allí... allí... está mi escondite. Yo he sido la urraca de la casa: gocen ustedes ahora el fruto de mis cuidados, y aprendan á ser mas precavidos. ¡Dios mio! ¡Una cartera! (Viéndola.) ¡Lo mismo que la de mi padre! Y sin duda contendrá papeles como aquellos! ¡Oh! que imprudencia! ¡Digo si yo no la hubiera visto! ¿Quién será el infame que quiere comprometer á mi hijo, como hizo el otro con mi padre! ¡Oh! ¡Pues por esta vez... tampoco sabrán donde está! ¡No, no lo diré aunque me maten! ¡Gracias, padre mio, por haberme inspirado! He salvado á mi hijo! ¡Qué dichoso soy!... ¡Qué dichoso!... ¡Jé! Jé! Jé! Jé! Jé! (Antes que D. Blás llegue al retrato de su padre, al cual se dirige, siente venir á Cárlos por el foro, y hace señas al retrato de quecalle y espere, y se va por la primera puerta derecha.)

ESCENA XVII.

CÁRLOS, que sale por el foro.

No hay nadie: mi padre ocupado en su despacho, no me ha visto al pasar por el corredor. Pongamos esta carta donde pueda fijarse en ella. Saldré por la puerta del pasillo. (Váse primera puerta derecha.)

ESCENA XVIII.

D. ANDRÉS, que sale de su despacho.

¡No sé si habrán llegado noticias de la Sirena. Si ese cargamento hubiese arribado en tiempo oportuno... En esa especulacion arriesgué mis últimos recursos... (Pausa.) Guardemos en la caja ese dinero, y allí lo tendrá á su disposicion para cuando lo quiera... ¿Dónde está?... Yo lo dejé aquí... (Se acerca á la mesa para tomarlo-) distraido... Sí: no hay duda... sobre la mesa... ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¡No... no quiero pensarlo!... ¡María!... ¡María!... ¡José!... ¡La impaciencia me devora!

ESCENA XIX.

D. ANDRÉS, MARÍA y JOSÉ. La primera por la puerta primera derecha y el segundo por el foro.

MARIA. ¿Padre?

JOSE. ¿Se... ñor?...

AND. (¡Calma!... ¡calma!) Dime, hija mia, has tomado tu un dinero que dejé aquí hace poco?

MARIA. Yo, señor!... (Con extrañeza.)

AND. ¿Y tú, José?...

JOSE. Yo... di... di...

AND. Si: dinero: dinero... (Impaciente.)

JOSE. Yo... yo... un la... la!... (Furioso al ver que no puede hablar dice que no con los dedos.)

AND. No?...

JOSE. ¡No! Hasta ahí... po... podian llegar las bro... bromas! Yo soy cor... corto de lengua... pe... pe... pero ustedes me la van á po... poner como un... zapato! (María busca en la mesa.)

MARIA. Aquí hay una carta para usted.

AND. ¡Á ver! (Lee para sí: María y José observan.) ¡Ah! ¡Mi hijo! ¡Mi hijo ha sido!

MARIA. ¡Que!...

JOSE. ¿Co... cómo?

AND. ¿Dónde está?...

JOSE. Acaba de salir.

AND. ¡Corre, José: corre!

JOSE. ¡Voy... voy! Pero á dónde?

AND. ¡El muelle está cerca: aun no habrá tenido tiempo!... Si no quiere venir ve á bordo de la fragata Elisa; dile al capitan que no tiene el permiso de su padre.

JOSE. ¡Cómo!

AND. ¡Toma una lancha!... ¡Corre!

JOSE. ¡Voy!... (Váse.)

ESCENA XX.

D. ANDRÉS y MARÍA.

AND. ¡Infame! ¡Infame! ¡Bien sospechaba yo que su rostro indicaba algo siniestro... ¡Y se atreve á pedirme perdon, cuando me mata!...

MARIA. ¡Padre!

AND. ¡Cuando me mata, sí, porque yo no podré sobrevivir á mi deshonra!

MARIA. ¿Pero, padre: está usted seguro de que es él?...

AND. Sí: no me cabe duda!... Escucha... ¡No puedo! ¡La sangre oscurece mi vista... y el tiempo pasa!... ¡La fragata debe estar ya levando anclas!... ¡Ah! ¡Yo mismo voy por él!... ¡He de traerle arrastrando!... (Váse.)

ESCENA XXI.

MARÍA, con la carta en la mano.

«Padre mio: El destino me arranca de vuestro lado, »cuando la suerte le es más contraria, cuando más ne»cesitais de mi auxilio; una pasion frenética que será »mi salvacion ó mi desdicha eterna, me impulsa á mi »pesar; por ella se ha apoderado la ambicion de mi al-

»ma; la riqueza ó la muerte; no me deja otro camino la »fatalidad: salgo hoy mismo en la fragata *Elisa*. Sé que »cometo una falta imperdonable. No me maldigais, y »perdonad á vuestro culpable hijo.—Cárlos.» —¡Mi hermano robar!... ¡Imposible!... Y sin embargo, su carta parece indicarlo claramente... «*Sé que cometo una »falta imperdonable.*» ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Haz que pronto terminen estos crueles momentos de duda y ansiedad!

ESCENA XXII.

MARÍA y JUANA.

MARIA. ¿Juana, ha vuelto José? (Llama.)

JUANA. ¡Tan pronto! Si apenas habrá tenido tiempo de llegar al muelle. Y eso que él todo lo que tiene de corto de lengua es ligero de piés.

MARIA. ¡Es verdad; pero en la situacion presente se me hacen siglos los instantes!...

JUANA. ¡Ay, señorita! ¡Lo que yo siento, es que ese zopenco lleve á cabo su propósito de olvidarme, y se haya marchado con él!

MARIA. Disparate.

JUANA. Disparate?... No sabe usted de lo que es capaz un amante resentido... Dígalo si no la conducta del señorito Cárlos...

MARIA. ¿Qué dices?

JUANA. ¿Por qué abandona su casa?... ¿Por quién ha hecho lo que ha hecho? Por el amor: por el resentimiento.

MARIA. ¿Cómo?...

JUANA. Yo soy su confidenta, y todo lo sé. Tiene amores con una señorita muy encopetada... y los padres... pues: dicen si él tiene ó no tiene bastante dinero... y ahí lo tiene usted. Él desesperado y resentido, se marcha para hacer fortuna... ¡Malhaya sean las mujeres ambiciosas! Si todas pensaran como yo... ¿Por quién se

casa una?... Por el hombre... ¿Pues si se casa una con el hombre, qué es lo que quiere más?...

MARIA. ¿Conque dices que mi hermano tiene amores?...

JUANA. ¡Vaya!... ¡Cómo que yo he sido su paño de lágrimas!

MARIA. ¿Será verdad? Habrá podido esa pasion dominarle hasta el extremo...

JUANA. Y yo siento lo que pasa doblemente; en primer lugar, por ustedes, porque los quiero, y nunca podré olvidar lo que conmigo han hecho desde niña; y en segundo lugar, por mi pobre José, que aunque tartamudo y todo, ha sabido hacerme entender, y bien de carretilla, sus frases de cariño. ¡Pobrecito mio! ¡Él por esos mundos de Dios, por esos mares, expuesto á que un tiburon se lo engulla, ó á que una americana me lo envenene por celos!... ¡Y él que es tan gloton!... ¡Que toma todo lo que le dan... y hasta lo que no le dan!...

MARIA. Bien, mujer; déjame en paz con tus sandeces, y mira si vuelve.

JUANA. ¡Voy!... ¡El abuelito llega!... La dejo á usted con él, y voy á ver si ha vuelto mi José! Lo que siento es que esta mañana no pudo acabar de decirme si me queria ó no... porque se le trabó la lengua. ¡Ay! (Váse.)

ESCENA XXIII.

MARÍA y D. BLAS.

MARIA. (Recibiéndole.) ¿Abuelito, sabes algo de Cárlos?

BLAS. ¿De... Cárlos?

MARIA. Sí.

BLAS. ¡Toma, pues no he de saber! Que es tu hermano... hijo de mi hijo... y nieto mio... Mira si sé.

MARIA. No es eso lo que pregunto.

BLAS. Pues será otra cosa... Sigue. ¡Jé! !Jé! ¡Jé!

MARIA. No te rias.

BLAS. ¿Criatura, pues no he de reirme, cuando veo que á pesar de ser un niño, soy el más cuerdo de la casa?

¿Qué sucede? ¿Por qué tienes tú esa cara? ¿Por qué suspiraba Juanita al marcharse?...

MARIA. No sé... ¿Y tú tampoco sabes nada?...

BLAS. ¡Yo! ¿Qué quieres tú que yo sepa, cuando no sé á punto fijo la edad que tengo?...

MARIA. ¿Cuánto tarda José?...

BLAS. ¿José? ¡Ese es el causante de todo!... Ese es el que todo lo sabe... (Aparece D. Andrés.)

ESCENA VXIV.

LOS MISMOS y D. ANDRÉS.

AND. ¡Qué! ¿Que lo sabe?...

BLAS. Sí... si es más travieso, que yo. Sí es un pillastre!... Jé! Jé! Jé! (Pausa. D. Andérs se sienta pensativo, María pasa á su lado.)

MARIA. Padre...

AND. ¡Déjame, hija mia, déjame!

MARIA. ¿No ha visto usted á Cárlos?

AND. Se ha marchado.

MARIA. ¡Cómo!

AND. Al salir de aquí, en mi ansiedad subí á la muralla recorriendo con la vista el muelle y la bahía... ¡En aquel momento, ví una fragata que salia á todo trapo por la punta de San Felipe: Pregunto: era la Elisa! ¡Ya no hay esperanza!

MARIA. Pero no se abandone usted así. Acaso ese hombre ó vuelva en algun tiempo... y mientras tanto...

AND. ¿Pero, y si como dijo, vuelve hoy mismo?...

MARIA. Se le dice que aguarde unos dias...

AND. No puede ser: el depósito fué hecho bajo esa condicion. Si viene, yo debo decirle la verdad.

MARIA. Pues bien; se le dice.

AND. ¿Y crees tú que así se dé por satisfecho? ¿Con decir, lo he perdido... me lo han robado... está todo concluido? No, María, no; quinientos mil reales no son una cantidad tan insignificante para que pueda mirarla

con desprecio. Es la fortuna casi de una familia.

BLAS. (Nadie hace caso de mí: á mí nadie me consulta... verdad es que en los asuntos reservados no deben tomar parte los niños... de mi edad!... ¡Jé! Jé! Jé!)

MARIA. ¿Pero ha de ser tan ciega la credulidad de ese hombre, qne no lea la verdad en sus ojos de usted y la inocencia, y la honradez escritas en su semblante?

AND. El semblante en un tiempo fué el espejo del alma; hoy el continúo uso del fingimiento le ha trasformado en una máscara de goma, susceptíble á variar á medida del deseo. ¿Y quieres que se fie de mí? ¿Por qué me ha de juzgar mejor que á los demas?

MARIA. No lo crea usted, padre mio: el acento de la verdad tiene un sonido exclusivamente suyo, y que no se confunde con ningun otro.

BLAS. (Mañana... mañana!...)

AND. Aun cuando así fuera: aun cuando dé crédito á mis palabras, cómo se ha de conformar á una pérdida de tal interés?

MARIA. Esperará.

AND. Mis recursos son escasos en el dia... El crédito me sostiene... ¡Oh! ¿Y es mi hijo?... Mi hijo quien me reduce á este extremo!... Mentira parece que yo le haya dado el ser... que corra por sus venas la misma sangre que corre por las mias!... ¡Y habrá de quedar sin castigo!...

BLAS. Mañana... mañana... (Aparte.)

ESCENA XXV.

LOS MISMOS, D. PEDRO.

PEDRO. Servidor.

MARIA. ¡Ah!

PEDRO. ¿Qué es eso?...

MARIA. Nada...

PEDRO. Algo será cuando usted se altera.

MARIA. Mi padre que ha sentido un vahido.

PEDRO. Pues deje usted que se le pase...

MARIA. (¡Dios mio!)

AND. (¡Qué vergüenza!) (Pausa.)

PEDRO. (Algo extraño pasa aquí.)

MARIA. (Padre...

AND. Vete, hija mia: déjame solo.

MARIA. No, yo me quedaré.

AND. El corazon me dice, que no debes oir las palabras que se van á pronunciar.

MARIA. Pero...

AND. Vete, y llevate contigo á mi padre.)

MARIA. ¿Abuelito?... (Pasando á su lado.)

BLAS. ¿Qué me quieres?...

MARIA. Vamos adentro...

BLAS. ¿Para qué?

MARIA. Es la hora de tu almuerzo.

BLAS. ¿Pues qué hora es?...

MARIA. Las diez.

BLAS. ¿Y ya quieres que haga por la vida?

MARÍA. Sí.

BLAS. Bien: nada de contrariarte, que yo debo obedecer á los mayores. ¡Jé! jé! Vamos andando... Adios, amigo. (Á D. Pedro.)

PEDRO. ¡Adios... buen viejo!

BLAS. ¡Jé! jé! me llama viejo!

PEDRO. Tambien yo lo seré, si no me muero.

BLAS. (Jé! ¡Mañana!... ¡Mañana!) (Váse apoyado en María.)

ESCENA XXVI.

D. ANDRÉS y D. PEDRO.

AND. (Cómo empezaré!...) (Pausa.)

PEDRO. (No me dice nada... ni me pregunta á lo que vengo... ¿Qué será esto?...)

AND. (No encuentro palabras...) (Pausa.)

PEDRO. ¿Qué tal?... ¿Se pasó el vahido?

AND. Sí, señor.

PEDRO. Me alegro.

AND. Gracias. (Es preciso...) ¿Don Pedro, usted me tiene por un hombre honrado?

PEDRO. (Malo.) Sí señor.

AND. Pues en nombre de Dios apelo á la buena opinion que tiene usted de mí, y le suplico que me crea.

PEDRO. ¿Qué me quiere usted decir?...

AND. Hay circunstancias en la vida que no se pueden explicar.

PEDRO. ¿Y bien?...

AND. Ese dinero que usted tan generosamente me confió...

PEDRO. (Se me acabó la paciencia...) Siga usted.

AND. ¡Me lo han robado!

PEDRO. ¡Qué!

AND. Y sin saber yo quién... Pero ya parecerá... es preciso que así sea... y de lo contrario, yo le respondo á usted de él. Dentro de algunos dias espero realizar fondos, y...

PEDRO. Yo no puedo esperar, me urge el marcharme hoy mismo: el negocio de que hablé á usted era un duelo arreglado para hoy, con un infame polaco que ha deshonrado mi nombre y ocasionado la muerte de mi hermana. Le vengo persiguiendo hace seis meses, y por fin le encontré ayer en esta ciudad, quedamos convenidos, y esta mañana, ántes de la hora de la cita, el miserable se ha embarcado para Lisboa en un bergantin inglés. El vapor sale esta tarde, quiero marchar en él, y esperarle sobre el muelle para hacerle trizas, en cuanto salte á tierra! ¡Demonios del infierno!... ¡Robado!... Pues si apenas hace una hora que lo dejé!... ¿Y qué?... Así desaparecen cantidades de esa naturaleza en una casa donde no hay al parecer ningun extraño?... ¡Vamos, vamos... usted se ha vuelto loco! El vahido le trastornó la cabeza!

AND. ¡Ay, no; por desgracia sé lo que me digo!...

PEDRO. ¡Ya! usted sabrá lo que se dice; pero dice que no sabe donde está mi dinero!

AND. (¡Sí; sí, lo sé; pero no puedo ni aun decirlo!... ¡Oh!

Y es mi hijo... mi hijo!)

PEDRO. ¡Comprendo!... hace usted el papel admirablemente!...

AND. ¡Ah!

PEDRO. ¡Oh! Todos iguales! Hasta este en que en tanto he confiado! ¿Y es esta la decantada probidad del señor Ortetega?... ¿Son estos los hombres honrados?... ¡Mentira! usted será uno de tantos, que á favor de la máscara comercial, que escudados por el velo de la honradez, medran y hasta llegan á enriquecerse, estafando villanamente á los infelices crédulos que depositan en ellos su confianza. Usted se ha dicho, este hombre no tiene más que un simple recibo, no han mediado otras formalidades, me será mas fácil embrollarlo... ¡Pero desgraciadamente para usted ha tropezado hoy con uno que sabrá hacer pública su conducta, y que no descansará hasta arrancarle lo que tan hipócritamente le niega! ¡Una hora le doy de término: volveré; si para entónces no me devuelve usted mi depósito daré parte á la justicia, para que como estafador sea usted conducido á una cárcel pública! ¡Son las diez, ántes de las once estaré de vuelta!... ¡Yo le aseguro que no se ha de burlar de mí impunemente, aunque supiera morir. (Váse D. Pedro por el foro. En toda esta escena se habrá quedado D. Andrés inmóvil y junto á la mesa, y al marcharse D. Pedro cae desplomado en un sillon.)

ESCENA XXVII.

D. ANDRÉS y D. BLAS, que oye las últimas palabras de D. PEDRO.

BLAS. ¡Morir!... ¿Quién habla aquí de morir cuando yo me atrevo á vivir todavía?... ¿Quién osa disputarme ese derecho... á mí, que tan cerca me hallo del sepulcro? ¡Calle!... ¡El pobre Andrés se ha quedado dormido! (Pasa por detrás de la mesa.) Dejémosle descansar... (Se sienta á la lumbre.)

AND. ¡La deshonra!... ¡La vergüenza!... ¡No! ¡Jamás!.. ¡Án-

tes la muerte! (Tira del cajon de la mesa y saca una pistola: al montarla, oye la voz de su hija, y sin reparar en D. Blas, la tira sobre la mesa y se va precipitadamente.)

MARIA. (Dentro.) ¡Abuelito, que me quedo sola!

AND. ¡Ah! ¡Qué iba yo á hacer! ¡Hija mia! (Tirando la pistola.)

ESCENA XXVIII.

D. BLAS, solo.

¿Qué le ha dado?... ¡Adios, hijo!... Voy á ver... (Llega á la mesa y ve la pistola.) ¡Una pistola! ¡Pero, señor, qué descuido!... ¡Dejar esto sobre la mesa, habiendo niños en la casa!... Si no fuera por mí no habria nada seguro en ella... Pues señor, al escondite, que allí aparecerá todo en su dia, y entónces se acordarán del abuelo, y me darán las gracias... ¡Jé, jé, jé! (Se dirige al foro al mismo tiempo que sale José.)

ESCENA XXIX.

D. BLAS y JOSÉ.

JOSE. (Saliendo.) ¡Se... ñor!

BLAS. ¡Toma, por importuno! (Le tira la muleta á los piés.)

JOSE. ¡Ay, ay, ay!

BLAS. ¡Jé, jé, jé! (Yéndose.)

JOSE. Ya me rompió otra... otra espi... pi... pinilla! (Vase cojeando. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA y á poco BLAS.

MARIA. ¡José no vuelve! ¡Qué ansiedad! ¿Si habrá partido Cárlos como supone mi padre? No lo sé, y sin embargo dudo.

BLAS. Hola, Mariquita, estás aquí? Gracias á Dios que encuentro compañía. Brú!... Hace hoy un frio, no es verdad? Allá dentro me quedé un poco dormido en el sofá, y tuve un sueño!... un sueño de esos que me atormentan y me hacen mal.

MARIA. Sí? Soñastes?

BLAS. ¡Con soldados! ¡Pícaros! Hasta en sueños me persiguen y fatigan!

MARIA. ¿Y á qué viene ese miedo á los soldados? Los pobres no hacen daño á nadie.

BLAS. Sí! Sí! Hieren! Matan!

MARIA. Si ese es su oficio. Para eso son pagados.

BLAS. ¿Para matar? ¡Bonito oficio!

MARIA. No: para matar precisamente, no: pero sí para defender los derechos de su patria.

BLAS. ¡Ay! Cuánto recuerdo las palabras de mi padre, que nunca he podido olvidar! Siempre estaba diciendo... ¡Cuándo será el dia en que esta patria y todas las patrias del mundo defiendan sus derechos con buenas razones y no á bayonetazos y á tiros! Y tenlo por cierto, hija mia, ese dia ha de llegar.

MARIA. Y cuándo, abuelito, cuándo?

BLAS. Eso mismo preguntaba mi madre; y mi padre le decia... Cuando un pueblo sea una familia; cuando los hombres se persuadan que son hermanos; cuando los que los rigen sean padres cariñosos y no tiranos; cuando con la santa ley de Cristo por enseña, arraiguen en el corazon de sus hijos la inextinguible y pura fe de los evangelio. Pero qué tienes? Estás distraida. No me oyes.

MARIA. Sí, sí. (Cuánto tarda José!)

BLAS. Soldados!... Ay! Cuántas veces me estremecia al oir á mi padre referir las glorias de Napeleon el Grande! El Grande! Jé! Jé! ¡El grande, porque forman el pedesta de su grandeza con cuerpos humanos! ¡Miserable gloria, que cuenta sus laureles por el número de víctimas que inmola sin piedad! Ah, necios!... necios! Por la gloria de un momento perder la gloria eterna!... Porqué, no lo dudes; la vida es un momento. Yo tengo ya... noventa años, y me parece que fué ayer cuando nací. Sí, hijo mio, repetia mi padre, la sangre derramada en aras de la ambicion, sumerge el alma del ambicioso en el hirviente mar del remordimiento. La aureola de la divinidad no coronará nunca la frente de la tiranía.

MARIA. Vamos, abuelito, vamos, que hoy está usted muy filósofo.

BLAS. Filósofo? Nunca lo fuí. Si lo hubiera sido no contaria los años que cuento. No hago más que recordar las palabras de mi padre. ¡Ay! ¡El tiempo ha ido engrandeciendo más y más el horror de aquella escena, y cada dia la recuerdo con mayor espanto! Mi pobre madre lloraba!... Yo lloraba!... Hasta esos cuadros parecia que lloraban tambien. Y mi padre suplicante... con el ros-

tro bañado en lágrimas y sangre, queria resistir á sus enemigos!... Y no podia... No podia... Eran muchos, y al fin tuvo que sucumbir á sus golpes!... Y yo, maniatado y herido, lo veia... y nada podia hacer! Y lloraba!... y gritaba... ¡que es mi padre! ¡Que es mi padre!... Pero no me oian! Ya se ve! Era su oficio; cumplian con su deber! Ganaban su jornal!...

MARIA. Abuelito! (Suplicante.)

BLAS. Y yo, no sé. Perdí el sentido... y cuando volví en mí ya no tenia padres. Un mar de lágrimas corrian de mis ojos... Ya se ve, no habia de llorar? Si me encontraba solo en el mundo y con el corazon despedazado!...

MARIA. Por Dios, abuelito, que me haces llorar á mí tambien!

BLAS. Por qué? Tú eres feliz. Tú no puedes comprender lo que eso vale. Tu madre murió al darte á luz. Las guerras!... Las revoluciones!... ¡Malditas de Dios sean, pues que sólo sirven para regar la tierra con el llanto de las madres y la sangre de los hijos!

MARIA. (Si pudiera distraerle.)

BLAS. Dichoso yo. Las puertas del cielo me esperan, y pronto...

MARIA. Pero por qué no hablamos de otras cosas?

BLAS. Que por qué no hablamos de otra cosa? Y yo qué sé?

MARIA. Quieres contestarme á una pregunta?

BLAS. No hallo inconveniente.

MARIA. No sabes nada acerca de lo que pasa? Tú no has visto?...

BLAS. Yo no. Yo qué he de haber visto? Jé! Jé! Jé!

MARIA. Ya empieza la risita? Logré distraerle. Vamos, habla con formalidad.

BLAS. No quieres tú poco! Pedir formalidad á un niño! Jé! Jé!

MARIA. Bonito niño!

BLAS. Bonito, no; pero niño sí, ustedes lo dicen... y yo, casi, casi creo que no les falta razon. Me divierto en hacer rabiar á los demas, particularmente á José: pienso, como pensaba hace... ochenta años; lo de ayer, apenas pasa, se desvanece de mi imaginacion, lo de hoy, así así. Mañana! Esa es la palabra que me hace sonreir;

Qué hermoso será el mañana que abra ante mis ojos las puertas de un paraiso! Y quieres que no me ria cuando tan cerca me hallo de la gloria? Jé! Jé! Mañana!... Mañana!... Cuándo será mañana!...

MARIA. Ahora te da por llorar otra vez? En qué quedamos?

BLAS. Luego me dará por reir. Es preciso que todo se sustituya. Si no, cómo soportar la monotonía de la vida? Pero no te aflijas, que mi llanto es de alegría. Lloro de placer al pensar en ese mañana que me ha de reunir con mi familia; con mis padres. Santos mártires en la tierra, gozan sin duda de la gloria del Señor. ¡Oh madre mia! Me esperas, no es verdad? Pronto iré... Pronto iré... Sí, pronto iré...

ESCENA II.

LOS MISMOS, JOSÉ y JUANA por el foro, y á poco D. ANDRÉS por la segunda puerta derecha.

JOSE. Aquí está! Aquí está ya!

AND. (Saliendo.) Quién?

JOSE. El señorito Cárlos.

MARIA. (Á D. Andrés.) Lo ve usted. (Andrés habla bajo á María, indicándole que se lleve á D. Blas, mientras José y Juana hablan aparte.)

JUANA. (Dónde le hallastes?

JOSE. En la capitanía del puerto.

JUANA. Y cómo no se ha marchado?

JOSE. Por el pasa... porte.)

AND. (Á los criados, que se van.) Dejadnos. (D. Andrés se pasea agitado, María se acerca á D. Blas, que está sentado en su poltrona, ageno á lo que pasa.)

MARIA. Abuelito?

BLAS. Qué, hija, qué?

MARIA. Vente conmigo.

BLAS. Á dónde?

MARIA. Allá dentro. Tengo que contarte una cosa que no quiero que nadie se entere.

BLAS. Secretitos? Bien, bien. Ya sabes que soy curioso. De José, eh? De José?

MARIA. No de la tortolita pequeña.

BLAS. De veras? Qué le ha pasado? La chiquitita... la del piquito... Pobrecita... Pobrecita! Vamos, vamos. (Váse con Marai por la puerta primera derecha.)

ESCENA III.

D. ANDRÉS, y á poco CÁRLOS por el foro.

AND. Serenidad. Necesito revestirme de cuanta prudencia sea capaz, pues de lo contrario... Él! Mi hijo!... No puede ser otro, y sin embargo, mi razon se niega á creerlo. Ya está aquí.

CARLOS. (Presentándose en la puerta.) Valor, Padre mio, perdon. (Arrodillándose.)

AND. Levanta. Nada más quiero saber. Tu actitud humillante me explica claramente lo que no quiero oir de tus labios. Sólo el culpable pide perdon de rodillas.

CARLOS. Lo soy, padre; lo soy.

AND. Infame!...

CARLOS. Merezco todo el rigor de sus enojos; pero no me condene usted sin oirme; no me rechace de su lado, sin conocer los motivos que á ello me obligaron.

AND. Motivos!... ¿Cuáles pueden ser suficientes para abandonar la casa de sus padres? Para robar á su familia la tranquilidad y el honor?

CARLOS. ¡El honor!!

AND. ¡El honor, sí; pues por tu villana accion, he sido escarnecido y humillado! Y á no haberte detenido á tiempo, acaso hoy mismo hubiera sido conducido á una cárcel pública como un criminal. ¿Quieres mayor infamia? ¿Quieres mayor iniquidad? ¡Tú no eres mi hijo!...

CARLOS. (Levaatándose fuera de sí.) ¡¡Padre!!

AND. ¡Y bien! ¿Vas á justificarte?... ¡Es inútil!...

CARLOS. Inútil? Por qué?

AND. ¿Por qué?... Pregúntalo á tu conciencia.

CARLOS. ¡Mi conciencia!

AND. Sí. En fin; dame la cartera y sal al punto de esta casa.

CARLOS. ¡La cartera! ¿Cuál?

AND. ¿Cuál?... Y tú lo preguntas... tú?

CARLOS. ¡No sé de lo que usted me habla!

AND. ¿Dices que no lo sabes?

CARLOS. ¡Lo juro!

AND. Dios mio! ¡Dios mio! La idea que me mataba era mi única esperanza!... ¿Y si él no ha sido... quién? ¿Quién?... Yo voy á volverme loco!

CARLOS. ¡Padre mio! ¡Por Dios... explíquese usted! ¡Tiemblo de adivinar!...

AND. Pues bien. Ántes de que tú salieras de esta casa me habian hecho un depósito sagrado... quinientos mil reales en billetes de banco, que han desaparecido de aquí!... ¡Que me han robado!

CARLOS. ¡Robado!... ¡Y es de mí de quien usted sospecha! ¡De su hijo! ¡Ha podido usted creer!

AND. ¡Aquí no ha entrado nadie! Nadie más que la familia y los criados, cuya honradez nos es conocida; tu fuga, tu carta, en que me dices que la ambicion se ha apoderado de tu alma; la riqueza ó la muerte dices; y huyes al par que yo echo de ménos ese depósito. ¿Qué quieres que piense?... ¿Cómo quieres que no dude?...

CARLOS. ¿Y puede usted creerme capaz de tan vil accion? ¡Ah, padre mio! ¡Es verdad que le pedia perdon; pero era por mi fuga, porque le privaba del auxilio de mi trabajo cuando más lo necesitaba: verdad que he escrito que la ambicion se ha apoderado de mi alma... pero una ambicion noble! Queria partir, queria buscar la riqueza en América; pero con el sudor de mi frente! Yo no tenia noticia de ese depósito, ni de ese robo... ¡Créame usted!... ¡Se lo juro por la gloria de mi madre!

AND. ¡Ah!

CARLOS. ¡Soy inocente... padre mio; soy inocente!

AND. ¡Gracias, Dios mio; gracias! ¡Iré á los tribunales con la conciencia tranquila! Estoy perdido... pero todo es pre-

ferible á tener un hijo ladron! (D. Andrés, se cubre el rostro con las manos, y se va por la segunda puerta derecha. Cárlos se deja caer en un sillon.)

ESCENA V.

CÁRLOS y JUANA. A poco foro derecha.

CARLOS. ¡Sospechar de mí! Creerme capaz de tan vil accion! De modo, que si afortunadamente mi viaje no se hubiese interrumpido tan á tiempo; si el capitan no se hubiese opuesto á la última hora por faltarme el permiso de mi padre, yo pasaria por un miserable! Por un ladron! Seria considerado como el más vil de los hombres!... Como el más desnaturalizado de los hijos!... ¡Padre, Dios te perdone el daño que me has hecho! Oh, si yo pudiese aclarar este misterio!... Porque es incomprensible lo que pasa!... ¡Haber desaparecido esa cantidad, sin que nadie sospeche siquiera!... Juana, no lo creo. José... Imposible! El abuelo es el único... y acaso por las rarezas de su edad y sus manías... Y quién le saca una palabra que tenga sentido comun? Ademas; si no ha sido él, y lo toma á pecho, Dios sabe lo que le podria costar el disgusto... No sé si me atreva... Otra idea me ocurre. Juana? Probemos.

JUANA. Qué manda usted señorito? Saliendo.)

CARLOS. ¿Tu no habrás olvidado, ni por un momento, el cariño que te tenemos todos en casa?

JUANA. No, señorito: nunca lo he olvidado. ¿Pero por qué me hace usted esa pregunta?

CARLOS. Ya lo sabrás. Pues bien, si no lo has olvidado, en nombre de ese cariño te suplico que seas franca conmigo, y me contestes con sinceridad.

JUANA. Ya sabe usted que yo siempre hablo con el corazon en la mano.

CARLOS. Dime; es posible que estando tú en todas las interioridades de la casa no hayas podido descubrir, ni sepas nada, sobre la desaparicion de ese dinero?

JUANA. Yo? No, señorito: nada sé.

CARLOS. De veras?

JUANA. Y tan de veras. Como que sólo por una casualidad lo he sabido.

CARLOS. ¿Tú no vistes, cuando mi padre lo dejó por un olvido sobre la mesa?

JUANA. ¡Sobre la mesa!...

CARLOS. Sí.

JUANA. Pues yo no lo he visto...

CARLOS. Y... José?

JUANA. José... Él tiene mucho afan por juntar dinero para casarse conmigo... pero no es capaz... ¡Jesus! ¡Ave María!

CARLOS. Conque tiene afan por juntar dinero?

JUANA. Sí, señor; tiene afan... y yo tambien lo tengo... Pero no vaya usted á creer nada malo del pobrecillo. Tiene afan, como yo, porque hasta que tengamos dinero no nos podemos casar, pero lo queremos juntar honradamente.

CARLOS. (Lo creo; pero hay momentos en que se desconfia de sí mismo.) Conque absolutamente nada me puedes decir?...

JUANA. Ni esto.

CARLOS. (No hay medio. Si acusándolos á los dos pudiera descubrir algo...) Pues bien; ya que mis palabras cariñosas nada han conseguido de tí; ya que te empeñas en callar, te diré que lo sé todo, y que tú y José habeis sido.

JUANA. ¿Qué dice usted?

CARLOS. La verdad.

JUANA. ¡Que yo!... ¡Que él!... Que los dos!... ¡Jí! jí! jí! jí! (Rompiendo á llorar con fuerza.)

CARLOS. ¡Chist! Calla, mujer!

JUANA. Jí! jí! jí! jí!

ESCENA VI.

LOS MISMOS y JOSÉ por el foro.

JOSE. Al... fin! ¡Ya me lo temia!

CARLOS. (Pobrecilla: ha sido demasiado fuerte la prueba.) Vamos, sosiégate.

JUANA. ¡No, no! Ahora mismo me voy! (Sigue llorando.)

JOSE. ¿Qué te ha hecho?

JUANA. Nada.

JOSE. Na... nada!

JUANA. Es peor que si me hubiera hecho! (Sigue llorando.)

JOSE. ¡Cu... cuerno!...

JUANA. Me ha dicho!... Me ha dicho!...

JOSE. Qué la habra dicho cuando tanto se apu... pura?

JUANA. Que yo... Que tú... Que los dos, somos unos... unos... No puedo decirlo!

JOSE. Go... gorda será cuando á ella se le a... atraganta!

CARLOS. Ménos llanto y averigua; inquierè para quedar justificada.

JOSE. Cuando yo decia... ¿Pe... pero que te ha dicho?

JUANA. Que somos unos... unos... la... la...

JOSE. ¡Si habremos cambiado de le... lengua!

JUANA. ¡Unos ladrones!!

JOSE. ¡Que tú!... ¡Que yo!... La.. la... Jí! jí! jí! jí! jí! jí! jí! jí! (Juana y José se miran y rompen á llorar escandalosamente.)

CARLOS. ¡Haber si callais! ¡Pues vaya un concierto! ¡Malditos! ¡Buenos estamos para semejante música! ¿Callais, ó no?

LOS DOS. ¡No... no! (Sin dejar de llorar.)

CARLOS, Pues idos al infierno!

JOSE. ¡Pe... peguenos usted! ¡Es lo único que le falta! y.. ojalá hubiera empezado por ahí! Me... ménos sentiría una puñalada, que llamarme... la... la... (Mira á Juana y vuelven á llorar.)

LOS DOS. Jí! jí! jí! jí! jí! jí! jí!

CARLOS. ¡Esto es insoportable! (Se tapa los oidos y se va por la puerta segunda derecha. Juana y José se habrán separado llorando cada uno á un lado de la escena. Al marcharse Cárlos, se miran de reojo y se van acercando el uno al otro.)

ESCENA VII.

JUANA y JOSÉ.

JUANA. ¿Qué te parece?

JOSE. ¿Qué quieres que me parezca? Que me voy á colgar de una alca... yata.

JUANA. No seas bruto! No me des más que sentir.

JOSE. Ó á colgarte á tí.

JUANA. ¡Á mí!

JOSE. ¡Sí! por... porque tú tienes la cu... culpa!

JUANA. Yo! ¿De qué?

JOSE. De... de esto que nos pasa. Porque si tu no le hubieras dado!

JUANA. ¿Qué le he dado yo?

JOSE. El... pi... pi... pie, no se tomaria la... la mano.

JUANA. Yo no le he dado nada.

JOSE. Pu... pues él se lo habrá to... mado. Si tú no le dieras libertades, no abusaria de la mu... mucha confianza.

JUANA. Yo no le doy confianzas. Le quiero como debo, porque es un buen señorito; pero nada mas.

JOSE. ¿Y... la otra noche?

JUANA. Y bien; que pasó la otra noche?

JOSE. Lo que pasó, tú lo sabrás. Lo que yo sé, es que te encontré sola con él, y en la... escalera. (Furioso.)

JUANA. ¿Y qué tiene eso de extraordinario?

JOSE. ¡Pues... por lo que ti... tiene de ordinario, es por lo que me quejo!

JUANA. Llamó... y bajé á abrirle la puerta como todas las noches.

JOSE. ¡Conque... todas las noches... le abres tú la... la puerta!

JUANA. Sí; cuando viene de ver á su novia.

JOSE. Á su novia?...

JUANA. Chist! Calla! Que no te oiga su padre!

JOSE. Tampoco cu... cuela.

JUANA. Bien; déjame en paz con tus tontunas, y veamos qué partido se toma.

JOSE. Tú tomas el que qui... quieras. Yo por mi parte, me doy ga... garrote.

JUANA. No me hagas reir. Yo me despido hoy mismo.

JOSE. ¡Y yo; pero... del mundo!

JUANA. No seas bestia!

JOSE. Que me quiero morir!

JUANA. No me hagas llorar de nuevo cuando tengo ganas de reir al oirte hablar tan de prisa.

JOSE. ¡Es que hay cosas que harian hablar á un... elefante! ¡Maldita seas!

JUANA. Yo!

JOSE. ¡Tú... y todas las ví... ví... víboras que gastais miriñaque y ligas manchegas.

JUANA. Reniegas de nosotras?

JOSE. ¡Sí! Por chis... chismosas!

JUANA. Pues adios.

JOSE. Oye.

JUANA. ¡No quiero! Yo tambien voy á colgarme!

JOSE. Espera; nos columpiaremos juntos. (Váse detrás de ella por el foro.)

ESCENA VIII.

D. BLAS, saliendo por la puerta primera derecha.

Qué sucede en esta casa? ¡El uno llora por aquí! ¡El otro suspira por allá! María habla en secreto con su hermano! Cárlos me mira!... ¡Los dos apenas me escuchan!... Parecen distraidos!... ¡Asustados! ¡Si se habrán vuelto locos? Y el caso es que yo tambien estoy...

no sé cómo. ¡El corazon me anuncia algo, y el corazon no se engaña, y más cuando es tan viejo como el mio!

ESCENA IX.

D. BLAS y MARIA, que sale puerta primera derecha.

MARIA. Abuelito?

BLAS. Qué, hija, qué?

MARIA. Tú tan solo?

BLAS. No, estoy con mis amigos, con mis padres, con mis recuerdos, con mis años.

MARIA. (Van á dar las once! Si volverá!) Tú has llorado!

BLAS. Sí.

MARIA. Por qué?

BLAS. Pues... mira: casi, casi, no lo sé. Pregúntate á tí misma por qué lloras, y por eso lloro yo. Soy un niño, como ustedes dicen, y los niños imitan todo lo que ven.

MARIA. Un niño!... Sí: un niño algo talludito.

BLAS. Pist! y qué le hemos de hacer? El tiempo no espera á nadie, hija mia.

MARIA. Es verdad; pero no estés triste por eso.

BLAS. Yo triste! Qué tontería! Pena de la vida tiene el que no llegue á mi edad.

MARIA. (Si yo me atreviera á preguntarle...)

BLAS. Tengo frio.

MARIA. Pues ven á tu poltrona. Aquí, cerquita de la lumbre.

BLAS. ¡Pobre amiga! ¡No sé cómo no estás ya cansada de sostener una carga de tantos años! Pero no te aflijas, amiga mia, que pronto descansarás tú tambien. El dia ménos pensado me despido de tí con la sonrisa en los labios, y se acabó; no me vuelves á ver más. (Se sienta.)

MARIA. (Cómo preguntarle?... No me atrevo...)

BLAS. Ajá! Esto ya es otra cosa!

ESCENA X.

LOS MISMOS, JUANA, por el foro.

JUANA. Señorita?

MARIA. Qué quieres, Juana?

JUANA. Yo no sé cómo decirle á usted que me voy.

BLAS. Jé, jé! Pues no se lo digas ya.

JUANA. Sí, señorita; me voy, porque su hermano de usted... ¡Vamos, nunca lo hubiera creido!

MARIA. ¿Mi hermano... qué?

JUANA. Que me ha dicho. . lo que no quiero repetir; pero...

MARIA. ¿Pero qué? Acaba.

JUANA. Me ha dicho...

MARIA. ¡Chist! Baja la voz, que no te oiga el abuelito.

JUANA. Que yo y José somos unos ladrones! Y yo vengo á despedirme, y á que su padre de usted me ajuste la cuenta.

MARIA. Por Dios! No le digas nada. Cárlos les ha acusado á ustedes, por ver si con vuestra desesperacion indagaba algo; pero está muy seguro de lo contrario: me lo ha dicho, y lo creo. De todos modos, no digas nada á mi padre, y espera hasta mañana.

JUANA. Es que José tambien se quiere ir.

BLAS. Qué! Que se quiere ir José!

MARIA. Es que... Cárlos por verle enfurecido...

BLAS. Jé, jé!

JUANA. Enfurecido!... Ya lo creo! Dígalo yo, que si no le quito la soga de las manos, ya se hubiera colgado de la palomilla del pozo.

BLAS. Jé, jé, jé! ¿Y tú lo impedistes?

JUANA. Claro; como que me queria colgar á mí primero!

BLAS. Jé, jé, jé!

MARIA. Pues, nada, dile que se tranquilice; y tú, no tengas cuidado, quedarás justificada.

BLAS. (¡Justificada!... ¿Qué diablos de juego traen entre manos?)

JUANA. Yo tengo ley á la casa... y á usted... y á todos, pero...

MARIA. Fia en mí.

JUANA. Está muy bien, señorita. (Váse Juana por el foro.)

ESCENA XI.

MARÍA, D. BLAS y CÁRLOS, que sale por la puerta seguuda de la derecha.

MARIA. Cárlos lo ha hecho por averiguar sin duda... pero ha hecho mal.

CARLOS. (Por más que cavilo, no puedo sacar nada en limpio.)

MARIA. Cárlos, y padre?

CARLOS. Allá dentro queda, sin que nada pueda consolarle; teme la venida de ese hombre como teme el criminal la presencia del juez.

MARIA. Y sin embargo, es inocente.

CARLOS. Sí; lo es. ¿Quién puede dudarlo? Oye, María: ignoro lo que tú habrás pensado acerca de lo que ha ocurrido; pero yo, por mi parte, no sé qué secreta idea me hace sospechar...

MARIA. De quién?

CARLOS. Del abuelito. Sin malicia; se entiende, inocentemente, y guiado por alguna oculta razon de sus manías.

MARIA. Ya te dije ántes que tambien yo sospechaba... Pero como papá se ha opuesto siempre á que se le haga ninguna pregunta...

CARLOS. Lo mismo en la desaparicion de ese dinero, como en la de los demas objetos, siempre me he inclinado á creer que fuese él.

MARIA. Y cómo averiguarlo sin causar un pesar á nuestro padre? Esto es lo que siempre me ha detenido.

BLAS. Por qué hablais tan bajo?

MARIA. Pensábamos que dormias.

BLAS. No; no duermo, ni he dormido casi en toda esta noche

pasada. Cosa rara, no es verdad? Y sin embargo, así me ha sucedido.

MARIA. Y por qué?

BLAS. Yo no lo sé. Apretaba los ojos, rezaba, hablaba con mi padre... Nada, nada; todo inútil.

MARIA. Es muy extraño! Tú, sin remordimientos... Porque tú no tendrás ninguno, por inocente y sencillo que sea; no es verdad?

BLAS. Sí; uno tengo.

MARIA. Cuál?

BLAS. Lo mucho que os hago sufrir con mis chocheces.

MARIA. Bien; pero tus chocheces... no han causado ningun daño...

BLAS. Dios me libre! Si tal supiera!

MARIA. Qué?

BLAS. ¡Me moriria! Si; tenlo por seguro. Me moriria al saberlo!

MARIA. Es que... involuntariamente...

BLAS. Qué! ¿Os he causado yo algun disgusto?

MARIA. ¡No; qué disparate! Pero á veces con la mejor intencion... ¿Abuelito, si yo me atreviera á hacerte una pregunta, me contestarias sin disgustarte?'

BLAS. Sí, hija mia, sí. ¿Qué me puedes tú preguntar que á mí me disguste?

MARIA. Pues bien; cómo, contra tu costumbre, te veo hoy tan formalito, quiero que me dígas una cosa.

BLAS. Ya espero con ansiedad lo que sea.

MARIA. Pues... es que... esta mañana...

ESCENA XII.

LOS MISMOS, JOSÉ, y á poco D. ANDRÉS por la puerta segunda derecha, y D. PEDRO por el foro.

JOSE. ¡Que viene!... (Gritando.)

CARLOS. ¿Quién?

JOSE. ¡Que... vi... viene!

CARLOS. ¿Pero quién?...

AND. ¿Qué pasa?... (Saliendo.)

JOSE. ¡Qué... que viene!

BLAS. ¡Jé! jé! jé!

PEDRO. ¡Servidor! (Saliendo.)

MARIA. CARLOS. } Ah! (D. Andrés se apoya en la mesa.)

PEDRO. Aun no son las once. He cumplido mi palabra. Le ofrecí á usted que ántes de una hora volveria, y ya estoy de vuelta. ¡Mi dinero!... ¿No?... ¡La justicia está avisada! (D. Pedro va á marcharse.)

MARIA. ¡Ah!

CARLOS. ¡Pero esto es un atropello! Las leyes del comercio...

PEDRO. ¡Mi depósito ha sido de confianza, y el señor ha abusado de ella!

MARIA. ¿Cómo obligarle?... Porque él ha sido... (Por D. Blas.) ¡Ah! (Concibiendo una idea.) ¡Abuelito! ¡Abuelito! (Corriendo á su lado, al verle ageno á lo que pasa, y distraido.)

BLAS. ¿Qué, hija, qué?

MARIA. ¡Por Dios! ¡Que van á venir soldados!...

BLAS. ¡¡Soldados!! ¡Ah! ¿Y qué quieren?

MARIA. ¡Prender á mi padre!

BLAS. ¡Á mi hijo! ¿Y por qué?...

PEDRO. ¡Por haberme estafado quinientos mil reales en billetes, que le entregué esta mañana en una cartera!

BLAS. ¡En una cartera!... ¡Ah! ¡Acaso la que yo!... (Recordando, Cárlos y María le rodean.) ¡Á mi padre tambien... en una cartera!...

CARLOS. Sí, sí. Usted la ha visto?

BLAS. ¡Yo!... ¡Yo! ¡Dios mio! (Queriendo arrancarse los pensamientos.)

CARLOS. ¡Por Dios... Por Dios!

MARIA. Abuelito! ¡Que ya suben la escalera!

BLAS. ¡Ah! ¡No, no; cierra la puerta! Si los viera junto á mí me moriria!

AND. ¡Padre!

BLAS. ¡Aguardad!... ¡Aguardad! ¡Soldados! .. ¡Ah!... ¡No...

que no vengan! (Mirando asustado al foro.)

PEDRO. ¡Concluyamos!

BLAS. ¡Ah!... Sí... sí; esperad... ¡Dios mio! ¡Vida!... vida!... ¡Ah! Sí... sí; ya recordé!... ¡Aquí! ¡Aquí! ¡No... no es este! Aquí... aquí... ¡Tampoco... tampoco!... ¡Padre! ¡No lo veo!... ¡Ah!... ¡Este es!... ¡Este es! ¡Este es!! (Durante esta escena, habrá corrido desalentado de un lado á otro examinando los cuadros, y cayendo y levantando, agobiado por los años y la emocion. Da gritos ahogados, María y Cárlos le sostienen y le siguen. Por último, se agarra al retrato de su padre, y cae con él en el suelo. María y Cárlos le levantan y le sientan en un sillon que José coloca en el centro de la escena. Andrés corre al secreto que estaba oculto detrás del retrato, y saca la cartera.)

TODOS. ¡Ah! (Al ver la cartera.)

AND. Tome usted, señor mio: tome usted su dinero, y vea cuan injusto ha sido al calificarme. Es verdad que usted pedia en justicia.

PEDRO. Pero juzgaba sin ella. Y á usted, abuelito, qué favo- puedo hacerle en cambio del disgusto que le he causar do?

BLAS. Uno muy grande.

PEDRO. ¿Cuál?

BLAS. Hacer que no vengan los soldados.

PEDRO. (Á D. Blás.) No vendrán. (Á todos.) Adios. No puedo detenerme. El vapor sale á las doce. Si alguna vez tengo la fortuna de volver á Europa, tendrá usted en mi un buen amigo.

AND. Adios.

PEDRO. Adios. (Á todos.)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, menos D. PEDRO.

JOSE. Mire usted. (Colocando sobre la mesa los objetos que ha sacado del secreto.)

AND. Mis gafas!

MARIA. Mi dedal.

JOSE. Una pistola.

AND. La mia!

JOSE. Cuántas cosas!... ¿Si habrá aquí alguna urraca?

BLAS. Sí, yo; yo he sido la urraca de la casa, pero creia que por vuestro bien.

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, JUANA con carta.

JUANA. Señor, esta carta.

AND. ¡De Cuba! ¡Ah!... ¡Me he salvado! ¡El cargamento se ha vendido á un precio fabuloso!... ¿Tú, Cárlos, ya no pensarás en partir?...

BLAS. ¿Partir?... Abandonarme, cuando tan cerca me hallo del sepulcro! No, hijos, no: yo necesito de todos vosotros para que enmendeis mis torpezas, y sufrais mis manías. Sí, yo necesito veros á todos alrededor de mi lecho, en la hora postrera, para que mis labios murmuren al espirar... qué feliz soy. (Se levanta y se coloca en medio de sus hijos.)

Por los años encorbado,
sin ser de la mente dueño,
todo pasaba á mi lado
como el bien y el mal, soñado;
que se olvida con el sueño.
Era feliz, y lloraba;
infeliz, y sonreia;
con mis delirios gozaba,
y sin saber si existia
mi vida se deslizaba.
Hoy, del letargo profundo,
despierta con bienes fijos
mi corazon moribundo...
Porque no hay nada en el mundo

como el amor de los hijos.
No temais, no, que á medida
que se disipe mi duelo
mi lucidez se despida...
¡Hijos, la luz de la vida,
está *á las puertas del cielo!*

FIN DE LA COMEDIA.

NOTA.

En el teatro donde la decoracion no permita poner el secreto detrás del cuadro, se colocará este á estilo de espejo, desprendido de la pared por la parte de arriba, á fin de que D. Blas pueda esconder entre el cuadro y la pared la cartera, la pistola, las gafas y el dedal.